

RESEÑAS DE LIBROS

Susana B.C. Devalle, *Discourses of Ethnicity: Culture and Protest in Jharkhand*, Nueva Delhi, Sage Publications, 1992, 279 páginas.

SUSANA B.C. DEVALLE HA ESCRITO un libro importante que ofrece una nueva concepción de las llamadas “tribus” de la India, del proceso de construcción histórica de éstas y su situación económica y política en las décadas de los setenta y ochenta. Mientras la gran mayoría de los estudios antropológicos sobre estas “tribus” se centran principalmente en sus costumbres sociales y sus creencias y prácticas religiosas, el estudio de Devalle cambia el enfoque hacia las relaciones económicas y políticas que han mantenido estas tribus a lo largo de su historia, con el estado y la sociedad panindia en la que se encuentran.

El primer argumento de Devalle es que la existencia de la tribu es en realidad un “mito”.

Considero que la construcción tribal en India es una *categoría colonial*, y que ésta formó parte de la ideología colonial legitimizante. Como tal, esta categoría operaba como un invento para catalogar las poblaciones conquistadas, para formular políticas imperiales, y para facilitar la incorporación de estas poblaciones dentro del sistema colonial. La ideología de tribu no se disolvió con el fin del colonialismo. Todavía es funcional en el capitalismo subdesarrollado de la India independiente. (p. 50.)

A veces Devalle adopta un lenguaje posmoderno en el cual las tribus simplemente “no existen”, esto es, que son sólo construcciones mentales y nada más. No obstante, su verdadera posición es que esos grupos de personas a los que se les llama “tribus” sí existen; pero que el término que se les asigna es inapropiado, porque incorpora varias características que estos grupos no comparten.

Ahora bien, si esos grupos no son tribus, entonces, ¿qué son?, ¿cómo deberíamos llamarlos? Devalle nunca suministra una respuesta abierta a estas interrogantes; pero en la práctica se refiere a las “tribus” con una variedad de términos como “sociedades indígenas,” “pueblos indígenas”, “comunidades adivasi”, “socieda-

des adivasi”, “configuraciones etnoculturales” y “configuraciones étnicas dinámicas”. El término que la autora emplea más frecuentemente es el de “sociedades adivasi”. La palabra en sánscrito *adivasi* (“habitante original”) tiene la ventaja de ser un término indio que se usa en hindi y otros idiomas vernáculos modernos; pero proviene de la cultura dominante y no de los idiomas de los mismos adivasi (aunque ellos a veces usen el término). Además, la palabra implica que la existencia histórica de estos grupos en la India se remonta a una época anterior al segundo milenio a.C., cuando los arios migraron de Asia central, lo cual es posible, pero no se puede probar. Por otra parte, la palabra “sociedades” implica un nivel de cohesión social, cultural, política y geográfica que estos grupos tal vez tuvieron en el pasado, pero que no preservan en la actualidad. Quizás Devalle hubiera debido optar por el simple recurso de redefinir el término “tribu”, en vez de introducir furtivamente alternativas que conllevan sus propios problemas.

Un elemento particularmente valioso del libro de Devalle es la atención que presta al contexto histórico de la evolución de las “sociedades adivasi” en la región de Jharkhand (básicamente el sur de Bihar), particularmente durante el periodo colonial. El libro muestra claramente el impacto de las políticas de los gobiernos centrales, tanto el colonial como el independiente, sobre las sociedades adivasi, sobre todo en cuanto a la introducción de leyes que permitieron la expropiación y venta de las tierras de los adivasi. Estas políticas han matinado a los adivasi económica y políticamente en forma significativa, y han favorecido su plena incorporación subordinada en el estado nacional. Los que se han beneficiado de esta incorporación son los representantes de los gobiernos centrales, los grandes capitalistas, y la gente no adivasi que ha migrado a la zona: los funcionarios y burócratas; los dueños de las minas y las plantaciones de té; los prestamistas, terratenientes y comerciantes hinduistas (que los adivasi llaman los “*diku*”); algunos obreros migrantes altamente calificados, y hasta algunos sectores de la “élite” de las mismas sociedades adivasi.

Si bien el contexto histórico ocupa un lugar clave en este libro, se trata claramente de una obra de antropología y no de historia. Cuando Devalle habla de la situación de las sociedades adivasi durante las décadas de los setenta y ochenta, es particularmente claro que utiliza los acontecimientos históricos sólo como *ejemplos* para ilustrar y contribuir a definir fenómenos económicos y políticos que ocurren en otros contextos históricos, y en otras regiones del planeta. Su propósito principal es la teorización sobre estos fenómenos y no la construcción de un análisis histórico del movimiento que lu-

cha para la creación de un estado (regional o nacional) de Jharkhand.

Los fenómenos que Devalle analiza en detalle son los que pertenecen a lo que ella llama "la dinámica de la lucha cultural". La autora establece un contraste entre los conceptos de "la cultura de opresión" y "la cultura de protesta", los cuales se manifiestan, tanto en "modos explícitos", como en "textos clandestinos o escondidos". Esta idea de los textos clandestinos ya fue elaborada anteriormente por Devalle en un importante artículo publicado en 1984 en *Estudios de Asia y África*. Se trata de una idea muy en consonancia con la de la "transcripción escondida", elaborada por Paul Scott en su libro *Weapons of the Weak*, publicado en el año 1985. Ambas ideas, de hecho, les deben mucho a las discusiones sobre las estrategias de protesta de los americanos africanos en los famosos libros de E.D. Genovese (1976) y L.W. Levine (1977).

Bajo el rubro de la cultura de opresión, Devalle elabora los conceptos de "teatro del poder", "teatro del terror" y de "práctica del terror". Bajo el rubro de la cultura de protesta aparecen los conceptos de "teatro de los sin poder", el "texto del silencio", el "texto de la risa", las "zonas de resistencia", y los cuatro "espacios codificados" del "trabajo, la historia oral, la literatura, y el ocio".

Como historiador, me resulta un tanto difícil aceptar toda esta proliferación de conceptos y términos. En particular, no entiendo bien por qué Devalle insiste en conceptualizar como "culturas" lo que para mí son simplemente "tradiciones históricas" de opresión económica y política y de protesta en contra de esta opresión. Para justificar su uso del término "cultura" dentro de este contexto, Devalle elabora una definición de cultura que es extremadamente amplia, aun dentro de la línea de definiciones del tipo "modo de vida" de los antropólogos. La autora dice (p. 195): "Aquí se concibe la cultura como un *modo de vida* plasmado por fuerzas sociales y económicas, que implica *un orden social completo* que involucra un conjunto de *prácticas significantes* [...] y *una manera de sentir* [...]". O sea, Devalle subsume tanto el comportamiento económico como el político, e incluye a la psicología dentro del concepto de la cultura. El problema con esta clase de definiciones, como Peter Burke ha señalado muy bien [*New Perspectives on Historical Writing* (1992), p. 11], es que con ellas se vuelve difícil determinar "lo que no cuenta como cultura".

Otro problema que me plantea el libro de Devalle está relacionado con la manera como la autora presenta los datos de su trabajo de campo. En realidad, prácticamente los únicos datos que ofrece son citas cortas, extraídas de entrevistas, que sirven para ilustrar los

planteamientos del libro. Aunque estas citas estén bien elegidas y cumplan con una importante función retórica, Devalle nunca nos dice con exactitud, ni quién está hablando, ni cuándo lo hace, y sólo de vez en cuando explica dentro de qué contexto social. En varias ocasiones, por ejemplo, la autora cita a “un intelectual adivasi”, y no hay maneta de saber ni siquiera si se trata de un individuo o de varios, ni de cuándo y dónde habló. Es obvio que algunos de los entrevistados prefirieron no ser identificados, por razones políticas y/o personales; pero no veo por qué no era posible identificarlos mediante señas ficticias y fechar sus comentarios. La mayoría de las citas parece provenir de gente adivasi y no adivasi que son intelectuales, líderes políticos y académicos, y no de obreros y campesinos locales. En parte por esta razón, sus declaraciones tienen una obvia importancia histórica, y no simplemente ilustrativa, que pide una contextualización más precisa.

También hubiera sido útil saber cuándo y dónde hizo Devalle su propio trabajo de campo. Es bien sabido que el gobierno de la India pone todos los obstáculos posibles a los trabajos de campo de académicos extranjeros (y aun indios) sobre cualquier tema relacionado con los “tribales”, salvo quizá sus bailes folklóricos. Evidentemente Devalle logró trabajar en la región de Jharkhand, pero durante un periodo o periodos limitados. Darnos un poco de información sobre este asunto no implicaría revelar todos sus secretos o “comprometer” a sus fuentes.

En años recientes las luchas étnicas se han transformado en un tema clave y constante de las noticias mundiales. Si bien Devalle rechaza de manera algo perentoria las teorías de la mayoría de los otros académicos que han trabajado en este campo, sus propuestas sobre el tema son lúcidas y perspicaces. Éstas representan un avance significativo en cuanto a la conceptualización de las relaciones entre los gobiernos y sociedades dominantes nacionales y las “sociedades” indígenas, que buscan salvarse de la opresión y marginalización, al mismo tiempo que iluminan muy bien las complejas relaciones entre las identidades étnicas y las de clase social. Que las comunidades étnicas minoritarias en casos como Bosnia y Armenia-Azerbaiján se hayan convertido en mayorías nacionales opresivas es una lección que no resulta tan evidente dentro del contexto de Jharkhand; pero, aun así, es una triste realidad en varias otras regiones.

DAVID N. LORENZEN

Ann Grodzins Gold, *A Carnival of Parting: The Tales of King Bharthari and King Gopi Chand As Sung and Told by Madhu Natisar Nath of Ghatiyali, Rajasthan*, Berkeley, University of California Press, 1992.

John D. Smith. *The Epic of Pabuji: A Study, Transcription and Translation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

EN LOS ÚLTIMOS AÑOS, los antropólogos y folkloristas que trabajan sobre Asia del sur han publicado varios estudios importantes sobre las epopeyas populares que fueron compuestas y se presentaban oralmente al público en lenguas vernáculas. El *Life of a Text* de Philip Lutgendorf sobre el *Ramacharitamanas* de Tulasidas (reseñado en *Estudios de Asia y África*, vol. 27, pp. 423-425), la compilación de Paula Richman, el *Many Ramayanas* (reseñado en *Estudios de Asia y África*, vol. 27, pp. 425-428), y el *Ramayan Tradition in Eastern India* de William Smith (1988) analizan algunas versiones vernáculas del *Ramayana*. Otros estudiosos han empezado a trabajar con varias epopeyas regionales que son menos conocidas. Una colección de ensayos que ha abierto brecha en cuanto al conocimiento de estos textos es el *Oral Epics in India* (1989), compilado por Stuart Blackburn *et al.* Otros estudios importantes en inglés, publicados en los últimos años, incluyen libros escritos o compilados por B. Beck, A. Hildebeitel, G.H. Roghair, S. Blackburn, F.W. Pritchett, K. Natayan, y J. Flueckiger y L.J. Sears.

A esta lista ahora tenemos que agregar los libros de Ann Grodzins Gold y John D. Smith, los cuales son estudios y traducciones de las principales epopeyas populares vernáculas de la región de Rajasthan, en el noroeste de la India. *A Carnival of Parting* de Gold, presenta traducciones de los cuentos sobre el rey Bharthari y el rey Gopi Chand basados en las versiones contadas y cantadas por Mahdu Natisar Nath, un hombre de la casta *jogi* de una aldea cerca de Ajmer. *The Epic of Pabuji* de Smith ofrece en traducción el cuento del héroe *rajput* llamado Pabuji, basado en la versión contada y cantada por Parbu Bhopo, un hombre de la casta *nayak* de la aldea Marwar Junction (al sureste de Jodhpur). El libro de Smith también incluye una transcripción en escritura *nagari* del texto original en rajasthani. Tanto Gold como Smith han elegido limitar sus traducciones principalmente al texto comentario hablado (el *artha*) y omitir la mayor parte de los pasajes cantados (el *gav*) de las epopeyas,

sobre todo porque el *arthav* presenta una narración que es mucho más consistente y mejor hilada. En los textos de Madhu Natisar Nath, el *arthav* es una narración en prosa más o menos espontánea. En el texto de Parbu Bhopo, sin embargo, el *arthav* es una composición más o menos fija, hecha con versos sin rima y con un metro flojo.

Aunque los que realizan las representaciones de ambas epopeyas y su público consideran que esos textos son religiosos, es evidente que el texto de Parbu Bhopo tiene más el carácter de una épica de guerreros. Se trata de la historia de las aventuras militares y amorosas del héroe *rajput* llamado Pabuji y de sus compañeros fanfarrones. Parece que la historia sí tiene cierto fundamento histórico; pero con el tiempo sus héroes y villanos se han identificado con los del *Ramayana*. En el texto de Parbu Bhopo, el héroe Pabuji se identifica con Lakshmana, el hermano de Rama, mientras que su enemigo principal, Jindrav Khichi, se identifica con el demonio Ravana. Sin embargo, en la epopeya de Pabuji, es Ravana (Jindrav Khichi) quien mata a Lakshmana (Pabuji), evidentemente para vengarse de su propia muerte a manos de Rama en una época anterior. Como John D. Smith explica bien, el texto presenta un diálogo interesante entre los motivos y acciones a veces contradictorios de Pabuji, en su doble papel de guerrero humano y encarnación divina.

Los cuentos de Bhathari y Gopi Chand (y también el cuento agregado de Gorakhnath y su guru Machhindar Nath), tal como han sido contados por Madhu Natisar Nath, tienen como tema principal las relaciones complejas que se derivan de cómo los personajes alternan entre una vida de ascetas religiosos y de dueños de casa. Los héroes ascetas Bharthati, Gopia Chand y Machindar constantemente se ven tentados por los atractivos de tener esposas, hijos, dinero y poder político. No obstante, al final todos se “salvan” de estas tentaciones, en última instancia ilusorias, por medio de los esfuerzos de Gorakhnath y Jalindar, dos ascetas con una resolución más firme.

Aunque las narraciones de Madhu Natisar Nath y de Parbu Bhopo difieran en que una es más sobre los guerreros y la otra más sobre los ascetas, al final sus mensajes básicos no son tan diferentes. Todos los cuentos terminan con el abandono del mundo por parte de los héroes: los ascetas *nath* renuncian a él para seguir la vida de monjes y los guerreros *rajput* aceptan una muerte segura en la batalla. Además, varias de las mujeres principales de las dos epopeyas escogen su propio tipo de renunciación a la vida mundana, principalmente el suicidio en las piras funerarias de sus esposos, para convertirse en *sati*.

Tanto Gold como Smith —con la ayuda de sus ayudantes de

investigación en Rajasthan— obviamente dedicaron muchas horas de trabajo a sus proyectos respectivos. El resultado es que ahora están a disposición de los estudiosos dos textos básicos de la literatura popular oral. De hecho, Gold y Smith han realizado traducciones dobles: la traducción de las representaciones (*performances*) orales originales a las transcripciones escritas y luego la traducción al inglés de estas transcripciones. Por esta misma razón, sin embargo, los estudiosos deberían tener cautela en cuanto a la utilización de los resultados.

Esto no significa que haya que dudar de la precisión de las traducciones, ni de las hechas del medio oral al escrito, ni las del rajasthani al inglés. Tanto Gold como Smith han hecho, obviamente, todo lo posible por traducir los textos al inglés con precisión. La única crítica que se podría hacer es que a veces utilizan frases que suenan un poco forzadas en inglés, como resultado de su intento por captar el sentido y el sabor exactos de los textos en rajasthani. No obstante, ambas traducciones son fáciles de leer, en especial el texto de Gold que fluye de manera casi novelesca. El texto de Smith es un poco menos fácil de seguir, en gran medida porque el texto en rajasthani está compuesto en verso en lugar de prosa.

La traducción de las representaciones orales originales a los textos escritos es necesariamente más problemática. Tanto Gold como Smith están conscientes de esto y describen en detalle el arte representativo de Madhu Natar Nath y Parbu Bhopo, respectivamente. Sin embargo, aun cuando se hagan ajustes considerables— como la eliminación de la mayor parte del *gav* cantado y de las fórmulas comunes repetidas— un texto escrito no es una representación oral, es como si se leyera el texto de una obra de teatro musical, incluyendo la letra de algunas de las canciones. El libro de Smith contiene, incluso, la transcripción musical de algunas de las melodías cantadas por Parbu Bhopo. Ahora bien, no pude evitar la reflexión acerca de cuánto más hubiéramos podido aprender acerca del sentido de estas representaciones de textos para el público en Rajasthan, si se hubieran presentado como una película o un video mucho más abreviado (con una banda sonora sobrepuesta, o subtítulos en inglés o español). En un campo de investigación como éste, nuestro medio tradicional de trabajo académico, el papel y la tinta quizá sean totalmente anticuados.

No obstante, al igual que Gold y Smith, la mayoría de los estudiosos, yo incluido, seguimos siendo básicamente fieles al papel y la tinta. Dentro de las limitaciones y virtudes de este medio, Gold y Smith nos han proporcionado varios “textos” claves de la cultura

popular de Rajasthan, junto con comentarios analíticos claros que nos ayudan a entenderlos.

DAVID N. LORENZEN

Max Liniger-Goumaz, *La Démocrature. Dictature camouflée. Démocratie truquée*, París, L'Harmattan, 1992.

YA DESDE LA INTRODUCCIÓN DEL LIBRO que reseñamos, el autor lanza la primera piedra (citando a Vargas Llosa) y nos invita a una denuncia no exenta de reflexión: "La dictadura perfecta no es el comunismo. No es la URSS. No es Fidel Castro. La dictadura perfecta es México. Es la dictadura camuflada...". Y es a partir de esta idea de democracia enmascarada que Liniger-Goumaz define la idea de "democratura", ese neologismo inventado por Eduardo Galeano que nuestro autor considera como perfectamente atribuible a la realidad africana. A partir de ahí, se lanza de lleno a analizar el caso específico de Guinea Ecuatorial bajo el gobierno de Obiang Nguema, sin dejar de contemplarlo a la luz de otras experiencias en África.

Frente a la "fiebre" de democracia que ha caracterizado el inicio de la década de los noventa, Liniger-Goumaz se pregunta hasta qué punto esto no responde a un "gatopardismo" que continúa negando los derechos humanos básicos, y que cubre con el velo de la democracia una realidad en esencia antidemocrática. En efecto, los regímenes en el poder se han distanciado de manera abismal de un pueblo privado de participación en las decisiones políticas, sociales y económicas. Democracia, elecciones, negociaciones, sistema multipartidario, crecimiento económico, desarrollo... son algunos de los términos presentes en la retórica política de los noventa. Podría decirse que hoy la democracia, íntimamente ligada al desarrollo, está de moda. Pero ¿qué democracia?; ¿qué se entiende por desarrollo?; ¿para quién o para quiénes es éste?; ¿se trata de discurso de todos o de la clase política? Para el autor, la clave consiste en caracterizar a los regímenes políticos africanos como neopatrimoniales; es decir, como espacios que confunden los dominios público y privado, que convierten al Estado en un gran queso, a ser repartido entre las ratas civiles y militares que se lo disputan. La corrupción y el nepotismo son el producto natural de este proceso. De allí, la distancia hacia lo que se ha llamado el "afrofascismo" es ínfima: se prohíbe la discusión de ideas, el líder se torna en el único capaz de asegurar la estabilidad y la cohesión nacional ("el padre de la

nación”) y se vuelve un fetiche —dice Liniger-Goumaz— que protagoniza un “bonapartismo subdesarrollado”. El dictador, integrante de una burguesía dirigente que no duda en recurrir a la violencia para ejercer su dominación, instaura espacios totalitarios.

Después de definir el proceso vivido en Guinea Ecuatorial desde la independencia (octubre de 1968) como una doble dictadura nepótica —primero de tendencia comunista, después francamente fascistoide— el autor rastrea los orígenes de dicho proceso e insiste en la responsabilidad que le compete a Europa, sobre todo a Francia, en la gestación y permanencia de éste. En el primer capítulo, Liniger-Goumaz analiza la cuestión del Estado en África con sus múltiples manifestaciones de ineficacia en la gestión pública, violencia, inestabilidad, dependencia y, sobre todo, la constitución de un gobierno autoritario y patriarcal en el seno de ese Estado. Ese proceso va acompañado por la negación del pluripartidismo como medio para poner fin al pasado colonial e instaura, en cambio, el partido único como garantía de la unión nacional. En el segundo capítulo, una vez que se ha centrado en la realidad de Guinea Ecuatorial, el autor dirige una rápida mirada retrospectiva hacia la experiencia colonial, para llegar a la actualidad preguntándose si esa negación de la democracia, que ha acompañado a la independencia formal, no se debe al carácter intrínsecamente antidemocrático de las sociedades que lo protagonizan. La respuesta a esta interrogante se encuentra en el tercer capítulo: los fang, la etnia más numerosa, desarrollaron formas organizativas que Liniger-Goumaz califica como “democracia militar”, y lo mismo puede decirse de los poderes comunitarios que caracterizaron la vida política de las otras etnias y del mismo imperio Ashanti. En el cuarto capítulo, la obra se centra sobre los fenómenos contemporáneos protagonizados por la dictadura: su relación primero con España, la ex metrópoli, y luego con Francia —en menor medida con Italia y Sudáfrica—, la “nueva madre patria” tan promovida en la etapa neocolonial; todo esto unido a una creciente dependencia económica. En este contexto, el FMI y el BIRD han sido los escuderos de las dictaduras corruptas de los Nguema. En los capítulos siguientes, se analiza la política interior de la dictadura, la concepción de la democracia nguemista, a la luz de lo que se entiende por estado de derecho democrático. De allí se deduce que la democracia es el maquillaje de una autocracia que ejercita el cambio para que nada cambie, con un rigor de entrenamiento deportivo. Pero ¿quiénes protagonizan este fenómeno, además de Obiang Nguema? Para explicarlo, nuestro autor aborda el fenómeno del partido único y de su legitimización desde el poder mediante un discurso muy bien aprendido del colonialismo: el par-

tido único es el único remedio para curar el mal del tribalismo.

Para Liniger-Goumaz sólo una acción internacional coordinada y conjunta puede poner fin a dictaduras como la de Nguema, para así restablecer el estado de derecho. Pero esto exige que primero se descorra el velo y se descubran las demotuturas disfrazadas de democracia, así como los pilares que las sustentan. De lo contrario todo quedará en discursos vacíos, en meros enunciados de buenas intenciones. Desnudar las apariencias; ésa es la clave. Por ello el autor teclama un humanismo universalista que transforme al mundo bajo la bandera de la democracia. Una verdadera cruzada, en donde el Norte reconozca su responsabilidad en el asunto, tomando conciencia de que en sus manos está la solución para la verdadera democratización de África. Pero, ¿qué les queda por hacer a los africanos? La respuesta son consignas móticas más que prácticas políticas concretas: coraje, voluntad, abnegación, sentido de responsabilidad. ¿Hasta qué punto Liniger-Goumaz reproduce el paternalismo del Norte que tanto critica? Su llamado de atención ante al simulacro de democracia y su excelente trabajo de documentación con fuentes primarias y secundarias (hace un pormenorizado análisis del estado del arte e incluye documentación primaria en anexos) se ve así empañado por sus conclusiones.

MÓNICA CEJAS

Max Liniger-Goumaz, *L'Afrique à refaire. Vers un impôt planétaire*, París, L'Harmattan, 1992.

A TREINTA AÑOS DE LA DÉCADA de África, de los dorados sesenta plagados de ilusiones y entusiasmo derivados de la magia de la independencia, Liniger-Goumaz evalúa en este libro los resultados de ese proceso, pero aclara que más que un balance, su libro es una propuesta para una reflexión en la que este africanista suizo optó por omitir las certezas y privilegiar las inquietudes nacidas de su intuición frente a los profundos cambios operados, y a las soluciones a encontrar o reencontrar. En esta línea, su trabajo implica, no sólo reconocerse como parte del Occidente expoliador —de allí su tono de denuncia constante—, sino también sobrepasar la mera crítica y proponer soluciones en los planos práctico y moral.

Independencia, democracia, desarrollo, nos dice el autor, han sido los espejismos omnipresentes de una clase política totalmente

divorciada de la sociedad civil. En la mayoría de los casos, esos principios se quedaron en consignas, letra muerta que nunca se llevó a la práctica o que, si lo fue, jamás contempló la opinión de los directamente implicados: el pueblo africano en su conjunto. Los dirigentes del proceso, profundamente comprometidos en que sus estados fueran recolonizados por un nuevo imperialismo nacido de los cambios tecnológicos, son socios responsables del fracaso de África.

El duro despertar revela corrupción, derroche, endeudamiento, pobreza; pero, ¿qué ocurrió con la “ayuda de Occidente”, con el ejército de miembros de la cooperación, con la filantropía? El fracaso, ¿confirma la pretendida incapacidad innata de los africanos? Liniger-Goumaz desmiente todas estas imágenes al revelarnos el abismo de incompreensión que ha mediado en la relación entre África y Occidente durante estos años. A esto, él agrega la improvisación que ha caracterizado el proceso, la especulación internacional y los “malos hábitos” tanto de las metrópolis como de los africanos: la responsabilidad es compartida. Pongamos fin, afirma nuestro autor de manera categórica, a la también promovida visión de un África como víctima absoluta. Esta toma de conciencia debe ser un punto de partida que lleve a que África —o mejor dicho las Áfricas— encuentre la salud por sí, al tiempo que las llamadas “democracias ricas” revisan las reflexiones de los sesenta y buscan una mejor ruta para “ayudar” a África. La propuesta concreta sería la creación de un impuesto planetario que equilibrara la creciente disparidad entre un Norte rico y un Sur cada vez más empobrecido. Ahora bien, para llegar a esta propuesta, sugerida en 1992 por la CEE, Liniger-Goumaz deconstruye el paradigma del desarrollo creado en África a partir de las primeras ilusiones de la Independencia y la inmensa trama de quimeras que se fueron tejiendo, pasando por los simulacros de libertad, la opresión, la crisis de identidad y la promoción de la democracia como panacea, como droga salvadora para el cáncer del empobrecimiento. Así en “Les illusions de l’indépendance” y en “L’infame commerce”, el autor contextúa el problema, a la vez que reconoce la historicidad del proceso llevándolo mucho más allá del mero hecho de la independencia formal. En efecto, el mismo punto de partida ha sido una gran mentira que disfrazó de descubrimiento y de encuentro a la conquista y a la explotación, que le negó su identidad a los africanos y los condenó a un servilismo presente aun en forma de una dependencia económica y cultural creciente, bajo la máscara de la descolonización y el desarrollo. Esta situación, que bien podría caracterizarse como la prolongación natural de la esclavitud, dio como resultado copias mediocres o caricaturas de los regímenes europeos. En este contexto,

la violencia financiera viene a sumarse a otras formas de violencia alimentadas ya desde el colonialismo, como único medio para asegurar la hegemonía de una forma de concebir el orden sobre otra que no tiene nada que ver con ella. Y así como se habló del colonialismo como sendero hacia la civilización, hoy se habla de recolonización para exorcizar el "fracaso" de África, con planes de reajuste económico diseñados por tecnócratas del FMI o del Banco Mundial desde las metrópolis (lo que el autor llama en "Pouvoir et Vouloir", el colonialismo multilateral). Sin duda, el verdadero fracaso está en estos planes y la prueba clara es la creciente migración hacia el Norte paradisiaco. Los bautizados "nuevos bárbaros" o "indeseables" avanzan ante el estupor europeo.

Desarrollo sin libertad pero, además, desarrollo para quién, se pregunta el autor en "Paroles du seigneur, paroles de seigneurs...". Evidentemente, no para los africanos, en la medida en que este desarrollo ha entrañado la pérdida de la autodeterminación de éstos, a la vez que su endeudamiento. La independencia es una quimera, una tarea por hacer. Pero, ¿a qué se debe este interés permanente de Europa por África? El autor responde diciendo que África es para Europa lo que América Latina es para Estados Unidos: un patio trasero que no puede ser descuidado.

Hoy en día a África se le identifica con SIDA, guerra, desertificación, en otro ejercicio más por negar su identidad, por descontextuar; es como si no se hablara de sociedades concretas con organizaciones y formas de pensar propias, históricas y originales. Ésa es la misma forma en que ven a África los que la hacen espacio del tráfico de armas, de esclavos, de divisas, de drogas y de basura tóxica. Violencia en diferentes grados, pero siempre violencia que objetiva para dominar, que silencia, que manipula.

En "la Democratie frelatée", Liniger-Goumaz explora el sentido, totalmente divorciado de la idea de libertad, que se le ha dado al desarrollo. De ello infiere la necesidad de revisar la idea de democracia como proyecto capaz de hacer realidad la unión entre ambos. Esto implica educar para la democracia en la cotidianidad, es decir, reconocer que la diversidad social, cultural y política puede ser productiva por medio de sus conflictos. Pero también implica poner fin a las "democraturas" sostenidas desde el exterior, a las tiranías de partido único que nada tienen que ver con el pueblo, expresiones degeneradas de los modelos de democracia importados de Europa, tragicomedias que niegan el pluralismo.

En "Faire y defaire" el autor se plantea el desarrollo en el contexto de las necesidades esenciales; pero, ¿de quiénes?, ¿de los africanos o de los europeos? Los resultados constituyen la mejor respues-

ta, y la clave está en haber entendido el desarrollo como crecimiento económico y no como desarrollo humano. Y todo esto visto desde arriba, desde los que detentan el poder; pero, ¿qué ocurre abajo en la sociedad civil? Aquí, dice Liniger-Goumaz en "L'aveil africain", la realidad se vive como despertar de una pesadilla, y no de un sueño, a la dura realidad. La prueba está en la multitud de expresiones de democracia participativa en sindicatos, organizaciones comunitarias, académicas, etcétera. Éste es el verdadero príncipe que vendrá a despertar a la bella durmiente y no la raza de nuevos burócratas, técnicos de carrera que administran en nombre de los intereses extranjeros.

Tal vez podríamos criticar a Liniger-Goumaz por su exagerada apelación moral a la integridad humana, en "Penser planetairement" y "Le but et les moyens". Sin embargo, ¿no será esto reflejo de un pensamiento que ya no tiene otra cosa más a que apelar? La propuesta que Liniger Goumaz le hace a Occidente, de que renuncie a los pecados capitales e instaure el reino de la equidad para todos en el marco de un humanismo planetario, y para África de un panafricanismo, en el marco de una federación mundial, parecen utopías demasiado difíciles de transformar en realidad, frente a los procesos que el autor reconoce como propios de estos tiempos y que, pot autre part, parecen ser el único programa de lo que él llama "capitalismo moral". Sin duda, otro signo de la decadencia ideológica de estos tiempos.

MÓNICA CEJAS

Fred H. Lawson, *The Social Origins of Egyptian Expansionism during the Muhammad 'Ali Period*, Nueva York, Columbia University Press, 1992, xiii-215 páginas.

EN EL LAPSO ENTRE LA EXPEDICIÓN napoleónica y la toma del poder por Muhammad 'Alí, la sociedad egipcia vio aparecer una serie de conflictos: entre los terratenientes y los medianos propietarios rurales, los grandes comerciantes y los gremios de artesanos urbanos, los comerciantes del Mediterráneo y los del Mar Rojo, el aparato del Estado y la sociedad, etcétera. En esta situación, Muhammad 'Alí logró hacerse con el poder supremo gracias a la creación de una alianza entre el Estado y los grandes comerciantes; ambos pudieron someter a los propietarios rurales y a los artesanos mediante el control que lograron sobre las grandes exportaciones de granos hacia la Europa

en guerra. Dicha alianza presentó fisuras en tanto que la política de afirmación interna de Muhammad 'Ali era costosa e implicaba confiscaciones de granos e impuestos que perjudicaban a los comerciantes; éstos, por su parte, sufrían una división interna entre el sector ligado al Mediterráneo (favorecido por la política oficial) y el sector de comerciantes del Mar Rojo, relegado y amenazado por la intusión inglesa y francesa en el Índico, así como por la expansión wahabi.

Estas contradicciones internas dan cuenta de la expedición egipcia de 1811 a Heyaz, destinada a allanar las dificultades de los comerciantes ligados al Mar Rojo y afirmar el poder de la alianza Estado-comerciantes. Tal es la argumentación del capítulo tercero del libro de Lawson; en clave semejante se trata de las expediciones al Egeo (capítulo cuarto) y a Siria (capítulo quinto). Ofrecen una descripción correcta de los procesos sociales subyacentes. Se utilizan los estudios numerosos que la historia económico-social del periodo ha producido, en árabe e inglés, en los últimos tiempos, además de las fuentes primarias por todos conocidas: los informes consulares, los viajeros, la *Description de l'Egypte* y *Manners and Customs* de Lane. También hace uso de la Yabarti (aunque no de otros autores árabes de la época). Sorprende la ausencia de L. Burckhardt entre las fuentes.

Lawson desecha las explicaciones tradicionales de la política imperial egipcia, que enfatizan la agudeza de Muhammad 'Ali o la modernización de estructuras y la consiguiente necesidad de afirmación del Estado egipcio en el escenario internacional. Argumenta el autor que reformas semejantes a las de Muhammad 'Ali estaban teniendo lugar en otros países árabes en la época: menciona los casos de Ahmad al Yassar en Siria, de Ahmad Bey en Túnez y de Daud Bajá en Irak, regímenes caracterizados por la afirmación del poder central y una política de expansión de la agricultura destinada a la exportación y de control estatal sobre la misma, pero que no llevaron a un expansionismo como el egipcio.

Podría discutirse la pertinencia de esta última comparación, así como el acierto en la descripción de los actores sociales. Más importante es señalar que la finalidad principal del autor no es describir la política imperial de Muhammad 'Ali: falta un capítulo destinado a la expedición sudanesa, y las campañas en sí no están tratadas, sólo sus motivaciones; Lawson recuerda que no es historiador, y antepone a su obra un epígrafe de Asimov: "si hubo alguna vez una ciencia histórica, ésta se ha perdido en nuestra región de la galaxia".

El propósito de la obra es ejemplificar una tesis sobre las motivaciones de una política expansiva. Lawson elige el caso egipcio para ilustrar su tesis porque constituye el episodio más interesante de po-

lítica internacional en la región antes de 1948, y cuenta con una base documental importante.

La tesis es la siguiente: dada una situación internacional favorable, una coalición gobernante emprendería una política expansionista si se dieran las siguientes condiciones: una crisis de acumulación (cuando la presión de las clases sometidas frena el proceso de acumulación de las dominantes), la amenaza a la continuidad del régimen por parte de fuerzas subordinadas (favorecidas por la crisis de acumulación), y políticas mutuamente contradictorias por parte de miembros individuales de la coalición gobernante (que quieren resolver las anteriores amenazas). Una política expansiva podría entonces eliminar a los opositores internos, tener acceso a recursos nuevos y reconciliar entre sí a los miembros de la coalición.

Lo anterior está expuesto con suma claridad en el segundo capítulo, y el principal mérito de Lawson es, sin duda, una síntesis clara de abstracciones. No podemos dejar de ver que su manejo de hechos históricos concretos aparece, en cambio, ligeramente mecanicista. Por otra parte, el desarrollo no siempre resulta en una ejemplificación de su tesis, que hasta parece perderse de vista para dar lugar al modelo del actor racional: el Estado egipcio en búsqueda del espacio vital, de las materias primas y el mercado cautivo.

Estos son, sin embargo, sólo pequeños desvíos en una tesis magistralmente expuesta. Los historiadores de Muhammad 'Ali no podrán dejar de tener en cuenta este *caveat* valioso, dirigido hacia aquellos historiadores que insisten demasiado unilateralmente en el carácter de proyecto nacional de la política del bajá: numerosos ensayistas y académicos de valía, como la Dra. Afaf Lutfi al Sayyid Marsot en primer lugar. Esta posición, al trascender hacia tratamientos más generales, pudo resultar en empresas como la de Jean Batou, *Cent ans de résistance au sous-développement* (Ginebra, 1990), obra valiosa pero de graves fallas.

Una vez realizada su labor de historiador, Lawson realiza un análisis de la invasión iraquí a Kuwait de 1990, análisis al que aplica la misma clave interpretativa utilizada en capítulos anteriores: los conflictos internos del régimen iraquí habrían llevado a ver la invasión como solución. Es una exégesis que algunos periodistas difundieron en agosto del 90, y que fue aplicada también a la invasión argentina de las Malvinas en 1982. Una excelente introducción teórica y algunos capítulos previos sobre Muhammad 'Ali no logran que el académico Lawson marque distancia de dicha exposición periodística. Y hasta puede pensarse que su libro nació como una extensa glosa de la misma.

Aun sin simplificar de esta forma, debe subrayarse que Lawson

aspira a que su trabajo histórico sirva de fundamento para una tesis sobre las relaciones internacionales en Medio Oriente. En los párrafos iniciales del libro, sugiere que el estudio de la política internacional árabe requiere de un marco teórico elaborado lo más lejos posible del conflicto árabe israelí. Esperaríamos que el autor aplicara el marco teórico esbozado a este conflicto, pero el capítulo sobre Irak es el último y la obra acaba como los manuscritos incompletos: *caetera desiderantur*.

HERNÁN G.H. TABOADA

Donald L. Cyr (comp.), *The Eclectic Epigrapher*, Santa Bárbara, Editorial "Stonehenge Viewpoint", 1993, 128 páginas.

ESTE TOMO, EL MÁS RECIENTE en una larga serie de obras publicadas por el señor Cyr y dedicadas a lo que yo llamo "la antropología a la *New Age*", se enfoca principalmente en la teoría de que entre lo que actualmente es el suroeste de Estados Unidos (Colorado y Oklahoma) y Mesoamérica, se puede encontrar una multitud de antiguas inscripciones rupestres ejecutadas en el alfabeto llamado "*og(h)am*", de origen iberocéltico. En total, el libro consiste de veinticinco artículos, la mayoría escritos por aficionados al tema, pero varios también por reconocidos académicos de la talla de George Carter, Stephen C. Jett o Barry Fell. Estos artículos en su mayoría están bien argumentados y profusamente ilustrados, además de que también se cita una extensa literatura sobre el tema. No obstante, resulta, a fin de cuentas, un libro sumamente difícil de evaluar. La idea de que los celtas anduvieron por tierras americanas hace varios siglos precolombinos —por expertos que fueran como marineros (*cfr.* la leyenda de San Brendan en el barquillo de cuero y *su* supuesto descubrimiento del Nuevo Mundo en el siglo XI)— parece tan improbable que a primera vista sólo puede provocar carcajadas. Sin embargo, el tema del libro del señor Cyr cabe perfectamente bien dentro del marco de la "nueva antropología", tal como se le ha concebido en las obras de investigadores de la talla de Cyrus Gordon, Barry Fell y Gunnar Thompson, para sólo mencionar tres de los más destacados estudiosos involucrados en este tema. Toda esta gente, de una manera u otra, está llevando a cabo lo que parece ser un posible "cambio de paradigmas" (*paradigm shift*) de trascendental importancia en lo que se refiere a la población primitiva del

Nuevo Mundo. En resumen, podemos decir que el libro *The Eclectic Epigrafer* constituye una especie de reto al lector intetesado, y si él (o ella) hace caso omiso de eso, lo hace bajo su propio riesgo.¹

RUSSELL MAETH CH.

¹ La conexión de este libro con cuestiones de Asia y África se da en el artículo de Nobuhiro Yoshida titulado "Implications of the Ogami Inscriptions in Japan", pp. 111-116. George Carter también contribuye con una nota breve (p. 92) sobre el controvertido "mapamundi chino", descubierto por Hendon Harris.